

LIBIA, NUEVO ESTADO AFRICANO

I. FICCIÓN Y REALIDAD DE LIBIA

LIBIA fué para los griegos, desde tiempos de Homero, el nombre genérico que designaba a la totalidad del continente africano, al menos el extraño a Egipto. Hekatóos, en el año 520 a. de J. C., lo consideraba como una de las partes del orbe, al lado de Europa y Asia, y en Herodoto mismo comprende la superficie meridional del Mediterráneo hasta el istmo de Suez. Incluso para los egipcios, el país de Libia significó el territorio africano ajeno al valle del Nilo, esto es, el África desértica, el inmenso Sáhara, tan impenetrable e ignoto como los océanos de más allá de las columnas de Hércules. Durante milenios, sin embargo, Libia no fué más que eso, una expresión geográfica vaga. Se habló de los oasis líbicos, de la costa líbica, de sus desiertos, pero no sirvió para designar un conjunto político coherente hasta 1912, fecha en que Italia, dueña de la Tripolitania y Cirenaica turcas a raíz de su victoriosa guerra contra el Imperio otomano, designó así al espacio territorial comprendido entre los límites del jedi-viatio egipcio, el Sudán y las posesiones francesas de Túnez y el Sáhara argelino, nigeriano o chadiano.

La precitada precaria unidad fué de brevísima duración hasta el 17 de mayo de 1919, en que la Administración italiana decidió su nuevo fraccionamiento en las dos grandes colonias autónomas de Cirenaica (Barca) y Tripolitania. La aludida disposición, denominada Estatuto líbico, fué acompañada de sustanciales concesiones territoriales por parte de Francia y Gran Bretaña en los confines del Oeste y Sur, donde quedó perfilada otra región colonial limítrofe con el Sudán y el Sáhara francés. Lo constituyó el espacio desértico tradicionalmente conocido con el nombre de El Fezzan, del que sólo una parte fué nominal posesión itálica, como dependiente antaño del Imperio turco. Mas todos estos incrementos no tenían a la sazón otra

realidad que la formalista de los tratados y cartas geográficas. Lo cierto es que si antes de 1930 nunca la soberanía de Italia fué efectiva en el Norte de Africa, fuera de las zonas mediterráneas propiamente dichas, mucho menos aún lo fué en la circunstancia de la guerra europea, especialmente en sus postrimerías y después del desastre de Caporeto. Por propias retiradas de tropas hacia los frentes europeos vitales y por incursiones de las tribus senussitas del Sur, en la fecha del flamante Estatuto líbico no quedaban bajo la efectiva soberanía de Italia otros territorios norteafricanos que Trípoli y sus oasis inmediatos, Homs, Zuara y el presidio de Azizia, más Bengasi y otro punto vecino. La paz llegada en Europa, la energía del gobernador Conde Volpi, muchas veces al margen y aun en oposición a los deseos de los gobiernos pacifistas de Roma, consiguió recuperar parte del perdido prestigio con operaciones militares felices, tales como la reconquista de Misurata, el puerto clave del golfo de Sirte, lazo de unión entre Tripolitania y Cirenaica. Precursor de las ideas imperialistas del fascismo, la llegada de éste al poder favoreció e hizo aún más ambiciosos los planes del Conde, que tras de liberar las zonas costeras tripolitanas osó internarse en las de Cirenaica, casi completamente desligadas del yugo metropolitano. Tales triunfos valieron a Volpi el condado de Misurata y, en 1925, el Ministerio de Hacienda de Roma.

Sucedióle en dicha fecha en el gobierno del Norte de Africa el general De Bono, una de las primeras figuras del régimen, cuya designación dejaba traslucir bien a las claras el interés que éste mostraba por los asuntos africanos. El resultado inmediato fué la definitiva sumisión de toda la Cirenaica costera y la ocupación del oasis de Yiarabub, en la zona semipoblada del Este, físicamente perteneciente a Egipto, que prefirió cedérselo amigablemente al Duce. La campaña de 1928 a 1932, dirigida por Graziani, consumó la pacificación del país hasta los remotos oasis de Kufra, capturando al cabecilla senussita Gran Cheik Omar Mutkar, que fué ahorcado.

Paralelamente a la acción puramente militar, el fascismo realizó tanto en Tripolitania como en Cirenaica una obra que, más que de colonización merece el nombre de creación *ex nihilo*. El esfuerzo inaudito de los colonos italianos ganó palmo a palmo al desierto millares de kilómetros cuadrados (17.000 millas en un total de 679.000) de terreno cultivable, a la vez que sobre las dunas invioladas surgieron, como por arte de magia, aeródromos y autopistas, como la costanera de 2.000 kilómetros entre Túnez y Egipto. El último gobierno de la

paz, el de Italo Balbo, vió seguramente el máximo resurgir de Libia, cuya capital, Trípoli, soñó convertir un día en cabeza de la nueva Africa romanizada, donde esgrimió aparatosamente la espada del Islam el propio Mussolini en su triunfal viaje de 1937. En vísperas de la II Guerra Mundial, en 1939, las cuatro provincias líbicas: Trípoli, Misurata, Benghazi y Derna fueron incorporadas administrativamente a Italia, y erigidas en capitales Trípoli y Benghazi.

Sobradamente conocido es el importante papel desempeñado por Libia en el teatro del último conflicto mundial. Culminó en 1942, primero con la ofensiva relámpago de Rommel, entre el 21 de enero al 5 de febrero, y luego con la definitiva contraofensiva de Montgomery del 23 de octubre, que, al enlazar con las tropas americanas desembarcadas en Argelia el 7 de noviembre, dió al traste con el imperio norteafricano de Italia.

En tanto que las tropas británicas ocuparon las antiguas provincias costeras (*Trípoli y Cirenaica*), especialmente las últimas, pues en las primeras compartieron la ocupación con las americanas, las francesas libres del general Leclerc, partidas del Chad, se adueñaron de las meridionales del Fezzan (mayo, 1943), que fué administrativamente dividido entre Túnez y los territorios del sur de Argelia mediante un acuerdo del caudillo victorioso con Montgomery.

El *statu quo* militar duró cierto tiempo después de la victoria aliada y, en gran parte, persiste todavía en la práctica. Pero, aunque pobre en sí, la situación estratégica de los dos mil kilómetros de costa mediterránea líbica, inesperadamente constituida en *res nullius*, era lo suficientemente valiosa para que en torno suyo tardasen en despertarse las apetencias e inevitables rivalidades entre los vencedores. Francia, no contenta con el dominio del Fezzan, que nadie contestó por su escasa significación estratégica y económica, pretendió la anexión de Tripolitania a la Regencia de Túnez; pero no hallando eco alguno en los aliados anglo-sajones, propugnó su devolución a Italia, para congraciarse al menos con la nueva república vecina, que habría de respetarla la conquista del Fezzan. La Gran Bretaña, que durante la guerra había pactado unilateralmente con el jefe local Emir Sayed el Senussi la independencia de Cirenaica, prometió solemnemente (en Enero de 1942) el no retorno de los italianos, sosteniendo tercamente ambos extremos. El vecino Egipto, esgrimiendo afinidades raciales e históricas, pretendió la anexión a su reino por lo menos de la parte cirenaica, o de conseguir importantes «rectificaciones» de fron-

teras, con ganancia usuraria de los territorios que antaño se vió obligado a ceder a las apetencias mussolinianas. Los Estados Unidos, fieles a su política anticolonialista, se opusieron a toda decisión no acorde con la explícita voluntad de los indígenas, y, vista la absoluta imposibilidad de una independencia inmediata y democrática, propusieron un mandato o tutela colectiva bajo la égida de la O. N. U., pues los candidatos a «tutores» eran demasiado numerosos, entre ellos la propia U. R. S. S.

En cuanto a Italia misma, la potencia más interesada en el asunto, también intentó, como es natural, ya que no su devolución pura y simple, al menos la encomienda fiduciaria. Pese a la solemne renuncia de derechos sobre sus antiguas posesiones en el artículo 23 del Tratado de paz de 1947, la posibilidad de una administración delegada por la O. N. U. no queda descartada, acogiéndose a la letra y espíritu de los artículos 77 y 81 de la Carta, que admiten tanto la delegación colectiva como la singular. Ante la irreductible actitud inglesa de mantener las promesas al Gran Senussi, parece ser que se llegó entre las Potencias occidentales a un nuevo plan de seccionar el espacio de Libia en las dos porciones de Cirenaica al Este y Tripolitania al Oeste, proclamando la independencia de la primera como un nuevo Estado senusita, y colocando la segunda bajo la tutela de la República italiana. Respetábase expresamente la soberanía francesa del Fezzan, que fué objeto de un nuevo acuerdo Bidault-Sforza, como el anterior lo había sido entre Bevin-Sforza. Las antedichas disposiciones bilaterales hallaron la más decidida oposición internacional, de un lado por parte soviética, que veía con recelo la posible explotación occidental de la porción africana que le era definitivamente negada a la U. R. S. S., y del otro, por los países árabes, que, fracasada la petición egipcia de anexión, pretendían el surgimiento de un nuevo Estado musulmán soberano. Los esfuerzos conjugados del marxismo y del fanatismo islámico despertaron en buena parte de la opinión indígena movimientos italófobos y xenófobos, que culminaron en las sangrientas jornadas del 17 de febrero de 1948 en Trípoli. Su resonancia mundial interesó a la opinión democrática americana, y los proyectos de reparto tripartito quedaron definitivamente abortados, sometiéndose el asunto a la soberana decisión de la Asamblea de las Naciones Unidas. Esta acordó en fecha 22 de noviembre de 1949, por 48 votos en favor, uno en contra y nueve abstenciones, entre ellas la de Francia, la libertad e

independencia de toda Libia para el 1.º de enero de 1952, manteniéndose hasta entonces el régimen de ocupación existente.

La decisión de la O. N. U. era la única posible para sortear la peligrosa y cada día más acentuada rivalidad entre las potencias, celosas de que cualquiera de las otras se estableciese en el más céntrico y dilatado espacio litoral mediterráneo. En cambio, el nacimiento de un nuevo Estado, de problemática vitalidad, en un territorio fundamentalmente estéril, de apenas un millón de habitantes y de nivel cultural ínfimo, no presuponía riesgo para nadie, antes bien, abría de par en par las puertas a todas las esperanzas y combinaciones ulteriores, en lo político como en lo económico. Al mismo tiempo se apagaban los recelos soviéticos, se daba satisfacción al mundo islámico y se cubrían las apariencias de respeto a la autodeterminación de los pueblos, tan grato a las mentalidades democráticas. Por otra parte, y esta no era la menor de las ventajas, en el sentir de los prohombres de Luke Success, se dilataba la realidad aludida en un plazo relativamente largo, de más de dos años, manteniéndose las firmes posiciones de las tres grandes potencias occidentales en las tierras líbicas. América, posesionada del gran aeródromo tripolitano de Mallada, reocupado en enero de 1948, y de ilimitadas posibilidades comerciales en todo el territorio; Gran Bretaña, señora de Cirenaica y sus costas, tan pródigamente regadas por su sangre en las jornadas de El Alamein y la Sirte; Francia, en fin, firmemente enquistada en los desiertos y oasis fezzanianos, guardando la fortaleza de Sebha, llave del Africa ecuatorial en la ruta imperial del Tchad.

Un Alto Comisario de la O. N. U., el holandés Mr. Adriany Pelt, se estableció en Trípoli con una delegación mixta encargada de democratizar el país. Al poco tiempo consiguió la formación de un Comité local de 21 delegados, que representaban igualmente a las tres antiguas provincias de Tripolitania, Cirenaica y Fezzan, en razón de siete cada una. El 25 de noviembre de 1950, dicho Comité se erigió en Asamblea, con 60 miembros, 20 por cada provincia, bajo la presidencia del venerado Cheik Mohamed Bulassid, de Trípoli. Fue éste el organismo que, el 25 del mismo mes y año, proclamó unilateralmente la independencia de todo Libia, como Estado federal, y que el 2 de diciembre siguiente ofreció el trono al Emir Sayed Idriss El Senussi, jefe político y religioso de Cirenaica.

Los acuerdos de 25 de noviembre y 2 de diciembre consagran en Libia una situación original y hasta peregrina; de unidad querida

por la Asamblea General de la O. N. U. y por el Senussi, de un lado, y de fraccionamiento efectivo del otro, determinado por inevitables razones históricas, geográficas y hasta raciales y religiosas, que sucintamente van a examinarse a continuación. La ficción de la Libia una, paradójicamente propugnada por el imperialismo mussoliniano y por la democrática O. N. U., reposa sobre tres realidades geográficas, que todavía son políticas también: Tripolitania, El Fezzan y Cirenaica.

II. TRIPOLITANIA

La Tripolitania constituye, dentro de la ideal unidad líbica, la porción más poblada, rica, y civilizada. Con una superficie de 900.000 kilómetros cuadrados y unos 700.000 habitantes, se distribuye en dos zonas geográficas perfectamente delimitadas: la costera, con sucesión de oasis y desiertos, y la interior montañosa e integralmente desértica, cuyo límite con el Fezzan se halla determinado por las abruptas cordilleras del Yebel Soda, el Serghi y las mesetas esteparias de Megarha. Sólo la primera zona es cultivable y susceptible de civilización urbana, habiendo surgido en ella las ciudades-puertos de Trípoli y Misurata, de estirpe púnica y romana. Trípoli es la capital, con unos 100.000 habitantes, y centra en su contorno toda la actividad económica del país, con su doble puerto, la cabeza de los dos ferrocarriles y las industrias de fundición de hierro, refinería de petróleo y aceite. Lo más valioso de ella, desde el punto de vista internacional, y seguramente de todo Libia, es el gran aeródromo militar de Mallaha, equipado y prácticamente en manos yanquis. Se halla situado a una docena de kilómetros de la capital, en los linderos del oasis de Tadyura, asegurando el dominio aéreo sobre todo el perímetro de la costa africana del Mediterráneo.

Si el territorio tripolitano es monótono, con cinco séptimas partes de estepa, la población, como por contraste, no puede ser más abigarrada. La civil italiana, antes de la guerra superior a las 100.000 almas, ha descendido a apenas una docena de millares. La total mayoría musulmana, cifrada en el medio millón, puede inducir a error respecto a su unidad, sólo efectiva, y hasta cierto punto, en lo religioso. Racialmente la división es profunda, registrándose un elemento árabe más o menos puro de 205.000 habitantes, generalmente nómadas; otro bereber de 200.000, constituido por el elemento musul-

mán ciudadano y sedentario, y unos 100.000 negros o negroides, concentrados en las regiones del Sur y en las clases proletarias de las ciudades. Una fuerte minoría hebrea de unas 20.000 personas, y otras menores, pero influyentes, de europeos levantinos, griegos y malteses especialmente, completan el complejo mosaico demográfico tripolitano. A estos elementos de disgregación únese la total ausencia de un destino unitario. La milenaria Oëa fenicia y cartaginesa fué luego romana, para pasar en el siglo VII al dominio árabe, bereber y español (conquistada en 1509 y entregada por Carlos V en 1530 a la Orden de Malta) y últimamente al turco. Tan sólo disfrutó de relativa independencia poco más de un siglo, de 1714 a 1830, bajo la dinastía local de los Karamanlis.

Con el lastre de la diversidad racial y religiosa y la ausencia de una tradición histórica nacional, se comprende que el sentido y movimiento nacionalista no sea demasiado vigoroso en Tripolitania. Políticamente, como en tantas otras cosas vitales, es totalmente dependiente del exterior; pero, en este aspecto, del Oriente y no del Occidente. Ya durante el dominio italiano los efluvios nacionalistas de El Azzhar cairota estimularon los entusiasmos de la juventud tripolitana, siendo duramente reprimidos por la persecución fascista. Su mártir nacional fué Mujtar, fusilado en 1932, cuyo recuerdo es hoy bandera de las reivindicaciones nacionales, dándose su nombre a los clubs requisados a los fascistas, y a las calles y plazas, en inevitable substitución de los del Duce. El movimiento nacionalista tripolitano actual, casi exclusivamente urbano, tiene un doble signo: el unitario del partido Al Kotla, marcadamente antioccidental, antiitaliano y hasta antibritánico, en lo que muestra su progenie egipcia; y el minoritario de entendimiento con los «hermanos» de Cirenaica, denominado del «Congreso nacional», cuyas cabezas son Bechir Sadoui, en lo político, y el muftí de Trípoli Mohamed Bulassid, en lo religioso. El partido del Congreso, pese a su evidente carácter minoritario, es el gubernamental, y por sus afinidades con el Gran Senussi cirenaico, favorable a los intereses británicos; el de Al Kotla, por el contrario, representa el punto de vista de Egipto y de la Liga árabe, presentándose con ímpetu revolucionario, como lo probaron los graves desórdenes de Trípoli de 18 de febrero de 1948.

III. EL FEZZAN

Al sur de Tripolitania, más allá de las altas mesetas esteparias de Megarha, se extiende la inmensa planicie sahariana, vagamente conocida con el nombre de El Fezzan. Su extensión geográfica suele evaluarse en 400.000 kilómetros cuadrados, bien que la habitable de oasis se eleve sólo a 6.000; es ésta la que desde 1943 lleva el nombre de territorio militar francés, adscrito en su mayoría al Gobierno de Argelia. Cuenta nominalmente con unos 45.000 habitantes, nómadas tuaregs, tibbus y bornuses negros, agrupados en una cuarentena de míseros villorrios cuyas cabezas son: Gadamés, al Norte, la capital histórica que pretende ser la milenaria Garamantes citada por Herodoto, y Mursuk, en el centro, sede del comando militar, con una fortaleza famosa, aeródromo y puesto de radio, considerada como una de las más estratégicas «islas» del Sáhara.

Sin el más mínimo interés económico, la vida local se desenvuelve en condiciones de pastoreo y cultivo de oasis, no contando con vía fluvial de ninguna especie ni otro medio de comunicación que el de las pistas saharianas. El interés que ofrece a Francia es, sobre todo, de prestigio y, eventualmente, de «Estado tope» para sus posesiones del Africa ecuatorial. La significación política del Fezzan corre pareja con la económica, pues el desinterés de los nómadas y beduínos por estas cuestiones es proverbial, constituyendo de hecho, para las ansias nacionalistas de Libia, un verdadero peso muerto que seguramente ha de suponer más grave preocupación para los gobernantes locales de mañana que para los ocupantes extranjeros de hoy. Por lo demás, el Fezzan fué y es un país de feudalismo de tribus nómadas, totalmente indiferente a quienes puedan dominar sobre las almenas triangulares de la fortaleza de Mursuk. En teoría, su jefe supremo y representante en la Asamblea de Trípoli es Ahmed Bei Seif Al Naar, o Nouur, nombrado Bey por Francia y reconocido por El Senussi.

IV. CIRENAICA Y EL SENUSSISMO

La provincia o porción oriental de Libia, y hoy Estado federal líbico dirigente, denominado indistintamente Barca o Cirenaica, lleva este último nombre en honor de la antigua Kirene griega, la principal

de la región costera de Pentápolis, ilustre en los fastos del helenismo y cuna de la filosofía hedonista ilustrada por Aristipo y Carneades. Mas fuera de algunas insignificantes ruinas desenterradas por las misiones arqueológicas italianas y americanas en Apolonia, Ptolomais y Gurena, nada queda del antiguo esplendor, pues la invasión árabe del año 644 redujo todo a polvo, sin dejar nada en su lugar, como en Egipto y el propio Trípoli acaeciera. Secularmente, la Cenicienta del Islam, tierra de tránsito entre Kairuan y Alejandría, fué sólo un alto de las caravanas, cuyo punto de reunión en Benghasi, fué un momento erigido en capital del bajato tripolitano en 1830, al ser conquistada Argelia por los franceses. Ya se dijo cómo la italiana del país en 1911 resultó más nominal que real hasta el advenimiento del fascismo, considerándola siempre la metrópoli como un mero hinterland de Tripolitania.

La configuración del territorio responde suficientemente a este pobre destino histórico. Su prodigiosa extensión de más de 900.000 kilómetros cuadrados, encierra tan sólo unos 250.000 habitantes, esto es, casi una cuarta parte que Tripolitania. Sus condiciones económicas son también notoriamente más desfavorables y sus puertos de Benghasi y Derna muy inferiores a los del otro lado de la Sirte.

Mas en compensación de tantas desventajas físicas, Cirenaica posee un bien político de fuerza indubitada, del que carece Trípoli y quizá los demás países norteafricanos, el de su casi unánime y fanática hermandad nacional-religiosa integrada por la secta senussita. Ella agrupa prácticamente a la totalidad de la población, salvo contados grupos extraños de las ciudades, que, pese a las diferencias raciales entre árabes y bereberes, obedece ciegamente las consignas de su único jefe temporal y espiritual, el Emir y hoy Rey Idriss El Senussi, que la Asamblea de Trípoli erigió en cabeza de la Libia unificada en Lake Success.

A pesar de su escasa significación numérica y nula en lo económico, el empuje, fe y entusiasmo de los hombres de Cirenaica han hecho de su estéril provincia la Castilla o Prusia del Africa del Norte, imponiendo su voluntad a la relativamente rica y poblada Tripolitania, minada en cambio por las promiscuidades raciales y las disidencias políticas y religiosas.

El Senussismo es, a la vez, una secta y una dinastía, al modo del Seudismo wahabista de Arabia, pero de progenie moderna, ya que data de 1837, fecha en que un derviche marroquí, Mohamed El Idriss,

proclamó en La Meca la revelación de una nueva vía o «Tarik», de pronunciado carácter mágico ascético con pretensiones de restaurar al Islam su austeridad y piedad primigenias. Por lo mismo, y chocando inevitablemente con los intereses creados de los círculos políticos y sacerdotales de Oriente, el nuevo profeta se vió obligado a buscar prosélitos en el África desértica, logrando el ardoroso apoyo de los sencillos beduinos de los oasis argelinos huídos al interior en ocasión de la entonces reciente conquista francesa. Uno de los primeros apóstoles del Idriss marroquí fué el said Mohamed el Senussi, que se estableció en Benghasi en 1843, fundando a la vez la secta, a la que prestó su nombre, y la dinastía hoy reinante. Su solar y santuario es el oasis de Yiarabub, en los confines de Egipto, y el hecho de que esta nación reivindique su posesión es uno de los más graves motivos de discordia entre ella y la flamante dinastía. Allí se conserva la tumba del fundador Mohamed El Senussi y aun la palmera que sirvió a aquel prudente varón para designar a su sucesor El Mahdi. Hizo subir a lo alto de ella a todos sus hijos y les ordenó arrojar al suelo; como quiera que los mayores se mostraron reacios y el que obedeció, con grave riesgo de su vida, fué el menor, El Mahdi, a él confirió el poder sacerdotal y emiral, siendo su tercer sucesor el actual monarca. Esta manera original de determinar la sucesión es dato elocuente del temple de ánimo del senussismo, incansable luchador contra los invasores italianos, especialmente en ocasión de los conflictos mundiales de 1914 a 1942. En el primero, el padre del Gran Senusso reinante, Sidi Ahmed El Serif, no dudó en aliarse con los alemanes, lo que le valió a la hora de la derrota el destierro en Asir, allá en los confines de Arabia; en el segundo, y con mayor fortuna, Sayed Idriss se alió con los británicos, y al ser arrojados los italianos del país consiguió la independencia de Cirenaica primero, en la Conferencia nacional de Benghasi de 2 de junio de 1949, y la de todo Libia después en la de Trípoli de 25 de noviembre de 1950.

A primera vista, el triunfo de El Sayed El Idriss parece equivaler al del arabismo, puesto que una nueva potencia árabe independiente ha aparecido en la escena mundial. Así lo es, en efecto, desde el punto de vista islámico; pero que lo sea igualmente en lo político de la Liga árabe ya no resulta tan evidente, al menos en el sentido como interpretan el arabismo los círculos dirigentes de El Cairo. Al favorecer la creación del nuevo Estado, la Gran Bretaña no ha cedido solamente a un impulso de agradecimiento por la ayuda de los senus-

sitas en los momentos difíciles de la guerra. Mejor dicho, premiándolo ha tratado de evitar que, en un momento dado, el nacionalismo egipcio se hiciese dueño de las costas líbicas, enlazando con los de parecido signo en Túnez y Argelia, con lo cual se posibilitaría un descomunal y peligroso imperio panarábigo en toda la cuenca meridional del Mediterráneo. Así hubiese acaecido, muy posiblemente, de haber lindado con Egipto la Tripolitania en vez de la Cirenaica, esto es, de no haber existido el Senussismo. A los nacionalistas tripolitanos del Al Kotla les hubiese sido y es muy fácil entenderse con sus mayores de El Azzhar, viviendo en idéntico clima espiritual y cultural que ellos mismos, hombres universitarios y de formación ciudadana. Con los del Gran Senusso, por el contrario, las cosas se complican demasiado. Bien que todos musulmanes, los fanáticos y ascéticos monjes-guerreros de los calcinados desiertos líbicos no se sienten extraordinariamente solidarios de los mundanos políticos de El Cairo y Trípoli, vestidos a la europea y poco inclinados a las primitivas austeridades del Islam. Sabido es que muchas veces es más hostil el correligionario herético o sectario que el franco enemigo, y lo que tantas veces se ha visto en las luchas políticorreligiosas de Oriente y Occidente, parece repetirse en la Libia de hoy. Fruto de dicho fenómeno es la estrecha alianza del senussismo con los «infieles» anglosajones, y la protección decidida de éstos, de la Gran Bretaña especialmente. Sufraga ésta hasta dos millones de libras anuales al erario senussita, y ha conseguido que en las asambleas constituyentes de Trípoli concurren Cirenaica con el mismo número de diputados que Tripolitania, es decir, con veinte, pese a ser su población casi una cuarta parte de la de aquélla. Como quiera que Francia logró idéntico privilegio para el pequeño Fezzan, de otros veinte diputados, resulta que en el certamen constituyente la perjudicada fué la Tripolitania, esto es, la favorita del arabismo y de la Liga, que inútilmente viene protestando contra tan chocante anomalía.

El nuevo Estado tiene ya su Constitución —autónoma y representativa— desde el 1.º de abril de 1951, y hasta su bandera: roja, negra y verde, en franjas horizontales, con la media luna y la estrella. Lo que no tiene es diplomacia, ni ejército, ni moneda.

ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS

